

5. Cambiar el paradigma económico

Enrique Lluch Frechina

Universidad CEU Cardenal Herrera

El actual sistema económico logra con gran precisión el objetivo principal al que está consagrado: el crecimiento económico. Desde que a finales del siglo XVIII se comenzase a considerar que esta meta es deseable para cualquier comunidad, la manera de lograrla se ha ido perfeccionando. Atrás han quedado las polémicas de mitad del siglo XX sobre si era el sistema capitalista o el socialista el que podía garantizar un crecimiento más elevado para una sociedad. Las cifras han demostrado que aquellos países que han seguido un modelo basado en el libre mercado han logrado unos resultados mejores en este aspecto.

De hecho, si analizamos las cifras que nos ofrecen las series históricas que han realizado importantes economistas contabilizando la producción mundial por habitante desde el principio de la era cristiana¹, podemos observar como desde entonces hasta 1850, el PIB per cápita mundial se mantuvo prácticamente inalterado. El crecimiento económico había sido muy reducido y nos encontrábamos en un mundo que tenía una situación estacionaria con poco o nulo crecimiento económico.

1. <http://www.ggdc.net/maddison/maddison-project/home.htm>

Sin embargo, a partir de ese año las cosas comienzan a cambiar y en un siglo (hasta 1850) el PIB por habitante mundial se duplica. Si esta evolución ya es por sí misma muy elevada y excepcional en la historia de la humanidad, en los siguientes 60 años (hasta 2010) la producción mundial se multiplicó casi por tres. Esto no hace sino mostrar como los resultados del sistema en este, su principal objetivo, están siendo inmejorables. Logramos lo que nos proponemos.

Sin embargo, este éxito indiscutible en la consecución de un mayor crecimiento económico viene acompañado de otros aspectos que no son tan positivos para las sociedades². El primero es que no todo el mundo se beneficia de esta mejora. A pesar de este gran crecimiento, siguen existiendo muchas personas que se quedan a un lado. No solo a nivel internacional, sino también en los países más desarrollados como es el nuestro. Ahí están los Informes FOESSA para mostrarnos cada cierto tiempo esta realidad.

Por otro, tener más no siempre supone estar mejor. De hecho, para lograr este crecimiento económico se precisa que las personas lleven un estilo de vida centrado en el tener más que hace que estas refuercen su parte egoísta e individualista, lo que hace que los niveles de depresión, insatisfacción e infelicidad no se reduzcan (y en ocasiones se incrementen) a pesar de vivir en una sociedad más rica.

En tercer lugar el crecimiento económico indefinido es imposible. Los recursos productivos con los que contamos en la tierra son finitos y no pueden sustentar un crecimiento que no tenga fin. Además, la explotación de la tierra para obtener una producción cada vez mayor, está produciendo unos problemas de contaminación, de cambio climático y de agotamiento de recursos que comprometen que las generaciones futuras puedan gozar de un nivel económico, al menos igual que el nuestro.

Ante esta realidad, aparece todo un movimiento que critica el actual sistema y muestra sin cesar todas sus debilidades. El análisis que muestre sus problemas es necesario, pero para superarlo se precisa de sugerencias, de proyectos, de programas que intenten superar los problemas del actual sistema. Los cristianos queremos construir reinado de Dios en la tierra y para ello tenemos también que construir una nueva economía en línea con lo que propuso Benedicto XVI en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2013³, «un nuevo modelo de desarrollo y economía», y en la línea que está siguiendo Francisco, que ha recogido muy

2. Se puede encontrar una descripción más detallada de esto en LLUCH FRECHINA, Enrique (2017).

3. http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/peace/documents/hf_ben-xvi_mes_20121208_xlvi-world-day-peace.html

bien el reto de su antecesor; y que ha concretado con la convocatoria en Asís, en marzo del año próximo, de un encuentro de jóvenes economistas⁴.

Pero para ello no es suficiente con hacer propuestas, necesitamos construir un nuevo paradigma. Porque si realizamos propuestas en el marco del crecimiento económico, con la idea de que lo mejor para una sociedad pasa siempre por tener más entre todos, porque la producción mundial se incrementa, difícilmente se va a encontrar algo mejor de lo que se hace en estos momentos. Necesitamos cambiar el marco de referencias, reorientar la economía en otra dirección, construir un marco diferente en el que movernos para poder poner la economía al servicio de las personas y de las sociedades en las que estas viven.

En este breve artículo voy a indicar algunas de las ideas que pueden llevarnos a construir este nuevo paradigma económico sustentado en una visión cristiana de la realidad. Comienzo con diez premisas sapienciales que están detrás del nuevo paradigma y que son esenciales para entenderlo. Después iré enumerando aquellos aspectos más importantes que deberían cambiar para que pudiésemos llevar adelante este paradigma económico nuevo que nos dirige en otra dirección puesta al servicio del bien común.

Diez premisas sapienciales

Hay elementos que pertenecen a la sabiduría, no solo cristiana, sino de otras culturas, que la economía actual ha perdido y que han sido sustituidas por otras premisas que carecen de ese aporte sapiencial. Voy a presentar diez premisas sapienciales que están en la base del cambio de paradigma económico que propongo y que permiten comprender mejor las propuestas que aparecen a continuación.

No todo es economía, aunque la economía está en casi todo. La economía estudia cómo cubrir las necesidades con recursos escasos y por ello casi todo tiene un componente económico que no podemos evitar. Pero esto no supone que todo sea economía ni que la economía sea lo principal.

La economía se puede organizar de muchos modos, no solo hay una manera. Siglos y siglos de historia nos muestran esta diversidad de sistemas de organización. Nuestra labor es ver cuál es la mejor para alcanzar los objetivos que pretendemos.

4. <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2019/05/11/econo.html>

No hay sistemas perfectos. No hay forma de organizarlo todo de manera perfecta. Todo tiene pegos y habrá que analizar qué sistema tiene menos problemas o cuál presenta las debilidades más razonables. Pensar así nos vacuna contra los populismos, contra la idea de que hay una solución para todo, de que hay remedios universales, como si fueran brebajes que lo curan todo. Nos previene contra las soluciones mágicas, cualquier cosa que hagamos tiene sus imperfecciones. Habrá que escoger qué imperfecciones queremos asumir porque nos llevan a unos resultados mejores.

La meta que perseguimos es lo que marca si el camino es correcto o no. Los caminos son buenos o malos dependiendo de dónde queremos llegar. Quien no sabe donde va, seguro que acaba en otro sitio y nunca sabe si va por buen o mal camino.

La vida es cambio. No estamos igual que el año pasado o que hace tres. Dentro de un año o dos, todo habrá cambiado también. Nada es eterno, nada permanece igual en nuestras vidas, todo varía aunque lo haga lentamente, aunque no vayamos de un extremo a otro. La sociedad cambia. No es verdad que las cosas son así y no puede ser de otra manera, no es cierto que no se puede hacer nada para cambiarlas. Al contrario, queramos o no queramos van a cambiar, lo que necesitamos saber es hacia donde queremos dirigir ese cambio.

Necesitamos **propuestas que se dialoguen.** Estamos en una sociedad en la que se potencia el debate, en la universidad se hacen muchos, donde lo importante es vencer, ganar, incluso aunque sea defendiendo posturas con las que no estamos de acuerdo, posiciones que no salen de dentro de nuestros corazones. No necesitamos este tipo de debates sino diálogo sincero, conversación desde el corazón donde salga lo que pensamos, sin necesidad de defender nada. El diálogo implica escucha. Si alguien plantea algo que sale de su corazón, intento poner eso en el mío, para que al final podamos buscar soluciones en común. Necesitamos conversar, escuchar, intentar llegar a conclusiones comunes.

Necesitamos **minorías con vocación de mayoría.** Las nuevas ideas, los nuevos avances no se construyen a partir de la mayoría, que suele estar conforme con lo que hay. Hacen falta personas y grupos que vean más allá y que crean que hay otros horizontes. Pero si se quedan en minoría, por más que crean que saben lo que hay que hacer y cómo hacerlo, sintiéndose los justos frente a los que no lo saben, la sociedad no crece. Precisamos de minorías convencidas de que lo suyo es bueno para todos y que, además, lo anuncien, lo compartan y estén dispuestas a sacrificar algo de su pureza original para que su manera de ver el mundo se generalice.

Todos **somos iguales en dignidad**. Hay mucha gente que piensan que algunas personas tienen más valor que otras, que no todos somos iguales. Sin embargo, la igualdad en dignidad de las personas es un cimiento sobre el que construir la nueva economía. Eso significa que la opinión del otro es tan válida como la mía.

Hay que buscar **más el convencimiento que los incentivos**. Estamos en la sociedad de los incentivos que se basan en una antropología negativa, que entiende que las personas se mueven por intereses, y, por tanto, necesitan incentivos para que su comportamiento se dirija hacia otra meta no egoísta. Los alumnos de economía lo estudian en los primeros temas de sus cursos de introducción. Los principales manuales universitarios de economía lo expresan así. Sin embargo, los cristianos pensamos que las personas somos capaces de hacer lo mejor y lo peor. Por ello apostamos, no por los incentivos, sino por cultivar la parte positiva de las personas para que actúen por convencimiento.

Podemos construir **estructuras virtuosas**. Los cristianos hablamos de estructuras de pecado, pero también es posible construir buenas estructuras en las que las personas involucradas en ellas tengan fácil hacer el bien y tengan que ser unos héroes si quieren, precisamente, hacer lo contrario.

A partir de estas premisas, podemos construir un nuevo paradigma económico, desde el consenso, porque todas ellas pueden ser consensuadas con personas o grupos que no se consideren cristianos. Llegar a un acuerdo sobre estas premisas, permite construir un paradigma diferente en el que se encuentren distintas maneras de ver e mundo y diferentes personas que provengan de tradiciones distintas pero que busquen poner la organización económica al servicio del bien común.

Modificar el objetivo económico

El primer paso esencial para poder construir un nuevo paradigma es cambiar de objetivo económico, desde el bien agregado al bien común. El objetivo actual es el aumento del producto interior bruto (PIB), el crecimiento económico, que suma el bien individual de cada uno, lo que producimos cada uno de nosotros. Da igual quien sume, lo importante es que el PIB crezca, que la suma sea superior independientemente de cómo esté repartida esta. Se trata por ello de una medida agregada en la que lo único que importa es el resultado final de la agregación.

El bien agregado es diferente al bien común. Este último tiene tres características que el primero no tiene por qué cumplir: está al servicio de las personas,

llega a todas y cada una de las personas, y es sostenible en el tiempo, de modo que, no solo llega a todas las personas de ahora, sino también a las generaciones que vienen detrás.

El crecimiento económico no cumple con estas tres características porque se puede crecer económicamente sin que llegue a todos, basta con que una persona sume sin que otra reste o restando menos de lo que ha sumado, para que tengamos más entre todos. Si el que tiene siete, pasa a tener diez, aunque el que tiene cuatro se quede en igual, o incluso pierda uno, el resultado es 2 o 3 más que antes, y eso redundará en crecimiento económico.

Además, el crecimiento económico no es sostenible. Como hemos apuntado con anterioridad tener más y más sin límite no es sostenible en el tiempo. No podemos producir ilimitadamente con recursos limitados, y esto todavía se puede hacer menos si consideramos que el crecimiento se comporta de una manera exponencial, ya que cuando queremos crecer un 3% anual (como es el objetivo que normalmente se plantea), ese porcentaje no es lo mismo si tenemos 100 (el 3% será entonces 3) que si tenemos 200 (en cuyo caso será 6) o 300 (9). Es decir, cuando más tenemos, incrementar la producción en el mismo porcentaje supone un crecimiento mayor.

Plantear un objetivo económico en clave de bien común implica pasar de buscar «tener más entre todos» (como hace el crecimiento económico) a buscar que nuestra organización económica consiga que «todos tengan, al menos, lo suficiente». Es decir, el cambio de paradigma busca reorientar la económica hacia una organización que garantice no un crecimiento ilimitado, sino que quienes menos tienen en la sociedad obtengan unos ingresos que les sean suficientes para tener un nivel de vida digno.

Así, con esta nueva orientación económica, tenemos que estar atentos ya no a las cifras agregadas, ya no a lo que sucede con la totalidad, sino a qué le pasa a quienes peor están, a qué les sucede a los más desfavorecidos de la sociedad. Porque lo importante es que estos mejoren, la unidad de medida para saber si nuestra organización es correcta o no es qué les pasa a quienes peor están. Cuando estos mejoran, la sociedad lo está haciendo.

Al cambiar de objetivo, lo que estaba bien antes, puede no serlo ya. Dejará de ser significativo que crezca la riqueza global para pasar a serlo que no haya personas en situación de pobreza, que la totalidad de la población pueda alcanzar lo suficiente para vivir con dignidad. Por ello, cambiar de objetivo supone replantearse todos los instrumentos y los caminos que pueden llevarnos al éxito económico. Al ser este medido por otros parámetros, debemos transitar otras vías para conseguirlo.

Modificar el concepto de racionalidad

Los economistas usamos el término racionalidad económica. Se trata de un término que tiene buena prensa porque se considera que lo racional es positivo por sí mismo. Al igual que si calificamos algo como irracional es porque pensamos que no es lo correcto. La racionalidad del actual paradigma, al que podemos considerar economicista porque pone la economía por encima de cualquier otra consideración, es maximizar nuestra utilidad.

Maximizar la utilidad significa obtener la mayor satisfacción con lo que tiene cada cual, por lo que el comportamiento más racional es tener más cosas para sentirse mejor. Cuanto más tenga, mejor voy a estar, porque la racionalidad economicista acepta sin fisuras la premisa de «no saturación», que expresada de otro modo no sdice que «más es siempre mejor que menos», es decir, que si tenemos más siempre estaremos mejor que si tenemos menos. Así, lo racional parece ser tener siempre más y más.

Esta idea de racionalidad entronca con la corriente filosófica del utilitarismo. La mayoría de los economistas no han estudiado filosofía o se han olvidado de lo que estudiaron y abrazan esta corriente de pensamiento como si fuera la única y el único modo de entender a las personas. Sabemos que esto no es así y podemos plantear la economía desde otras maneras de entender a la persona.

La consecuencia de esta racionalidad economicista es un estilo de vida dentro del cual lo más apreciado es tener un salario mayor; en el que el criterio fundamental de compra es siempre buscar el menor precio (dada una determinada calidad), porque eso nos permite comprar más; en el que lo único que importa es mi satisfacción personal, solo mirar por mí, independientemente de qué compre y a quien compre. Esto es lo racional desde el punto de la vista económico, que cada cual piense en lo suyo, cada uno para sí mismo.

Frente a ello, proponemos la racionalidad económica de lo suficiente. Lo racional en economía, no es siempre buscar más, tener más, sino buscar lo suficiente para vivir. La economía trata de cómo cubrir las necesidades y alguna apetencia con recursos escasos. Cuando tengo lo suficiente puedo dedicarme a hacer lo verdaderamente importante, lo bueno y bello de la vida, que es relacionarme con los demás, querer a los demás...

Este es un planteamiento totalmente distinto al anterior. Especialmente porque aquí se pone la economía al servicio del ser y no como en el anterior que se ponía toda la existencia al servicio de tener más. La economía queda así en sus justo lugar. No se puede negar que es importante: todos tenemos que comer y

obtener los mínimos vitales en todos los sentidos para poder sobrevivir, pero no es positivo poner toda nuestra existencia al servicio del tener; sino que este nos ayude a ser. Por ello, para educar en la racionalidad de lo suficiente debemos pensar y educar sobre qué son necesidades y qué no lo son.

Además, la racionalidad de lo suficiente es compatible con el cuidado de la creación, porque cuando queremos tener más y más, pasamos de tener huertos a explotaciones agrícolas, de granjas a explotaciones ganaderas, de bosques a explotaciones forestales, de cuidar la naturaleza a explotarla, y esto supone agotar nuestra capacidad de que ese jardín que ahora es suficiente para vivamos los 7.000 millones de habitantes del planeta, pueda ser suficiente también para 12.000 millones que dicen que seremos. Solo conformándonos con lo suficiente conseguiremos que esto sea posible.

La racionalidad de lo suficiente potencia también valores buenos para las personas que nos hacen mejores personas. El modelo de acumulación, de tener más, nos lleva al egoísmo, la competitividad, batir al otro... Sin embargo, este modelo de racionalidad nos impulsa a compartir, a ser altruista y gratuito, a pensar en el otro, como pedía Benedicto XVI⁵, en la encíclica *Caritas in veritate* n. 36, al señalar que hay que introducir la gratuidad y la lógica del don en la economía y que no solo es posible hacerlo, sino que es la manera en que la economía funciona bien. La racionalidad de lo suficiente es la que permite que esto funcione en esta clave ya que quienes la siguen están dispuestos a parar, a no aspirar a más bienes materiales, lo que les permite esa gratuidad y esa lógica del don.

Repensar el mercado, su estructura y su función

Para exponer la idea del mercado que tiene este nuevo paradigma es necesario recordar las tres ideas más generalizadas que existen sobre el mercado. La primera es considerar el mercado como ese espacio donde se compra y se vende, ese espacio que tiene unas normas de funcionamiento: el mercado central de una ciudad, de un pueblo o de un barrio, el mercado de automóviles, el de telefonía móvil, etc. La gente produce voluntariamente algo para vender y otros lo demandan. Es un instrumento de intercambio, una realidad regulada por el Estado o por sus propios agentes y que todos percibimos y utilizamos en nuestro día a día.

5. http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/messages/peace/documents/hf_ben-xvi_mes_20121208_xlvi-world-day-peace.html

Pero hay también otras dos ideas pervertidas del mercado que se utilizan más de lo que pensamos. Los economistas utilizamos las curvas de demanda y oferta, una simplificación del mercado real, para ver cómo funciona el mercado. Tomamos unas funciones matemáticas para ver por qué pasan cosas en el mercado, qué va a pasar en el futuro y poder tomar decisiones. Son herramientas útiles, como el túnel del viento para los aviones y coches, donde utilizamos maquetas que sometemos a corrientes de vientos para ver cómo se comporta un avión y un coche en la realidad. La simplificación, el modelo en pequeño nos ayuda a vivir y a mejorar la realidad del transporte.

Pero ese instrumento tan útil para ver cómo funciona la realidad, se ha convertido en un modelo a seguir. El mercado ya no es real, no es el lugar donde se junta la gente para comprar y vender, sino que son las curvas de demanda y oferta. De este modo, se intenta que la realidad se ajuste a la simplificación que hacemos para entenderlo. Por ello nos dicen que cuando salen las cosas mal no es porque el modelo de mercado no funcione, sino porque la realidad no se parece al modelo. Sería como si alguien dijese que un avión se ha estrellado porque los vientos que azotaron su trayectoria no debían de estar ahí.

Algunos dan un tercer paso y cosifican y divinizan el mercado, como ya denunció Juan Pablo II⁶ en su encíclica *Sollicitudo rei socialis* y el papa Francisco en *Evangelii gaudium* al hablar ambos de idolatría del mercado, de fetichismo del dinero...⁷ Cuando se considera así al mercado se le atribuyen las tres cualidades divinas: omnipotencia porque el mercado lo puede todo, omnipresencia porque se le considera presente en todo, y omnisciencia porque les sirve para explicar cualquier fenómeno social.

Hay economistas que lo explican todo con el mercado, hasta el matrimonio, cualquier cosa, porque el mercado sirve para dar respuesta a todo. Como todo es mercado, también está en todas las circunstancias de la vida y funciona en todos sus ámbitos. Y es omnipotente y, por eso, nos repiten que, si se hace tal cosa, los mercados nos castigarán o nos premiarán si lo hacemos bien.

Pero, ¿quiénes son los mercados? Si hablamos de castigos de un padre, podemos negociar con ellos, los vemos, es posible llegar a acuerdos, pero con el mercado, ¿se puede negociar?, ¿se puede hablar?, ¿cuál es su número de teléfono?. El mercado se cosifica y se convierte en Dios, y los economistas en sus sacerdotes, los que interpretan lo que dice Dios y tienen el poder, tienen la clave

6. http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html

7. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

para saber qué hay que hacer. El teólogo Havery Cox lo explica muy bien en *The Market as God*⁸.

El nuevo paradigma económico considera al mercado como un instrumento, una organización humana que hemos organizado como queremos para que haya intercambios, que es muy válido, pero no para todo. Funciona bien para algunos intercambios, pero no es un Dios, ni un modelo que seguir.

El mercado se puede utilizar para hacer mucho bien. Es como un cuchillo, algo muy útil, que también se puede utilizar para matar a alguien. El problema no es tanto el cuchillo como el uso que le hemos dado. Con el mercado, pasa igual. Podemos regularlo para que sea un medio a través del cual, además de los intercambios se potencie un mayor crecimiento económico, pero también podemos organizarlo de manera que ayude a un reparto más equitativo y para lograr que quienes menos tengan alcancen un nivel de vida suficiente.

De ahí que haya que repensar las reglas del mercado, cómo organizarlo para un mundo sin crecimiento, para que todos tengan lo suficiente. Podemos cambiarlo y eso supone aumentar la transparencia social, como se ha empezado a hacer con el impacto ecológico o con la repercusión en la salud. Hablemos de las condiciones de trabajo y de cómo se ha organizado la producción para saber si queremos comprar el producto a esa empresa que trata mal a sus trabajadores o a esa otra que los trata bien.

Vamos a buscar ese mercado que potencia la relación porque los intercambios realizados en un mercado son una excusa para la relación. Se basan en la confianza mutua, en la reciprocidad. Pero cada vez más hay menos relación en el mercado y eso acaba fomentando el egoísmo. Si el dependiente de una panadería se equivoca al darme la vuelta y me da de más, lo normal es que se lo diga y me cobre lo correcto. Pero si se equivoca una máquina expendedora al darme la vuelta, ¿qué hago?, ¿cómo se lo devuelvo?, ¿no está ahí para llevarse todo el dinero que pueda?

Además, tenemos que pensar en qué campos queremos que existan mercados. Hemos visto que hay en áreas donde funciona bien y en otros donde funciona mal. En determinados aspectos no consigue los objetivos pertinentes. Hay un montón de cosas que hace bien, con unas reglas de mercado buenas, con competencia, con participación de las pequeñas y medianas empresas... Y hay en otros que no, donde los valores éticos y cívicos son más importantes que los mercantiles y en los que hay que limitar estos últimos para primar los primeros.

8. <http://www.hup.harvard.edu/catalog.php?isbn=9780674659681>

Colaboración público-privada

El nuevo paradigma también tiene que cambiar la dialéctica existente entre el sector privado y el público en las cuestiones económicas. Porque en la actualidad existen dos posturas encontradas y una intermedia con respecto a estas relaciones. La primera considera que el Estado solo sirve para regular el mercado y retirarse. La segunda considera lo contrario y cree que debe planificarlo todo y estar en todo para controlar todos los asuntos económicos. La tercera idea, que es la mayoritaria, afirma que hay que dejar que el mercado funcione y que el Estado intervenga para resolver sus fallos. Sería la propuesta de la socialdemocracia y la democracia cristiana, el modelo del Estado social que intenta paliar los fallos y resolver lo que el mercado no consigue.

Con frecuencia, al final, se simplifica el debate oponiendo lo público a lo privado, enfrentando a quienes piensan que todo lo público es bueno contra los que opinan que lo bueno es lo privado. No hay diálogo y menos cuando se introduce el argumento de la racionalidad economicista que adjudica un papel a cada sector: el privado tiene que ocuparse en ganar lo máximo, porque es así cómo conseguimos tener más entre todos, porque los que crecen aportan para que todos tengamos más, aunque unos aumenten lo que ya tienen y otros no tanto, nada o incluso pierdan, y el Estado lo que debe hacer es resolver las desigualdades, los fallos del sector privado.

Pero claro, con esta concepción, sucede con frecuencia que el sector privado ve cómo el público le impele a producir y ganar más, mientras al mismo tiempo le quita una parte de esos beneficios para mantener el Estado y redistribuir a quienes menos tienen. Así, quienes se ven incentivados a tener más y consideran que son quienes más aportan al bienestar de la sociedad, porque generan más crecimiento, se consideran injustamente tratados porque les quitan parte de lo que aportan...

Ante esto, el nuevo paradigma trabaja con que el objetivo de ambos es el mismo: el bien común. Por ello no se trata de oponer uno al otro sino de colaborar para llegar a la misma meta. Si queremos que el objetivo sea que todos tengan lo suficiente, que la racionalidad sea la de la suficiencia, que el mercado esté enfocado en otra dirección, tenemos que trabar una colaboración público privada para conseguir objetivos comunes. Es una sociedad en la que todos somos responsables de todos⁹, en la que la solidaridad no es solo responsabilidad del estado, sino también de todos y cada uno de nosotros. Tenemos derecho al bien común pero también la responsabilidad de contribuir a él.

9. http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html

Aquí entran en juego dos principios de la Doctrina Social de la Iglesia, la subsidiariedad y la participación. El Estado se pone al servicio de la sociedad civil para que pueda construir, estimular y ayudar al bien común, incluso sustituirlo cuando no hay otro remedio. Siempre con la participación de todos, no de unos pocos, ni solo en algunos momentos. Debemos dialogar y delimitar los campos de colaboración que potencien los valores cívicos, dejando que las personas tengan iniciativas propias que sirvan a construir al bien común.

Necesitamos que el Estado sea eficaz y no arroje déficit. Nuestra deuda pública es del 100% del PIB, 1 billón de euros, que al 3% de intereses supone un pago de unos 30.000 millones de euros anuales en intereses que son beneficios para quienes más tienen en nuestra sociedad ya que son ellos los que tienen ahorros que pueden prestar al estado. Vía estos tipos de interés estamos redistribuyendo la riqueza a los que más tienen. Para hacerse una idea de la cuantía que supone este dinero, podemos observar el coste anual de los funcionarios de la Administración Central, del Estado español, sin contar las Autonomías, que es de 16.000 millones de euros.

Lo grave es que cada año el Estado tiene que volver a pedir prestado para devolver lo que debe. Si un Estado quiere hacer una determinada política económica heterodoxa que no gusta a los prestamistas, estos pueden decidir no financiarle, con lo que este para lograr los fondos necesarios tendrá que pagar tipos de interés menores o, si no logra esta financiación, quebrar. Cuando la deuda es tan alta el gobierno solamente puede hacer lo que gusta a sus prestamistas. Si no lo hace así, va a dejar de ser financiado por estos.

De hecho, toda la economía del crecimiento está basando en el endeudamiento. Sin un elevado endeudamiento es difícil crecer. Por ello establecemos leyes que favorezcan a los que financian para mantener todo en marcha. Aquellos que quieren recibir prestado necesitan actuar como quieren quienes le prestan porque si no lo hacen así no recibirán la financiación que precisan. Reducir el déficit público para poder redistribuir y para ser menos dependiente de los financiadores, son clave en el nuevo paradigma, al igual que reducir los niveles de endeudamiento actuales que son uno de los motores del crecimiento económico.

La función social de la empresa

La racionalidad empresarial también debe ser replanteada en este nuevo paradigma. La filosofía de la empresa economicista da prioridad al beneficio para los accionistas y todo lo demás se subordina a este objetivo. Algunas compañías introducen la responsabilidad social empresarial (RSE) y esto es positivo para el

entorno económico. Ahora bien, cuando analizamos por qué lo hacen encontramos tres motivos: los dos primeros se pueden resumir en la búsqueda de mayor rentabilidad ya sea porque hay alguien que les obliga a hacerlo para seguir siendo su cliente o proveedor o ya sea, directamente, porque se considera una estrategia para ganar más dinero, una buena publicidad que les va a beneficiar atrayendo nuevos clientes. El tercer motivo es introducirla en la empresa simplemente por convencimiento.

En los dos primeros casos, la introducción de la RSE es compatible con la racionalidad economicista de poner el beneficio por encima de todo. De hecho, las dos intentan que los beneficios se incrementen. Esto hace que, en estos casos, el compromiso ético que supone la RSE pueda convertirse en estético o cosmético. Esto no sucede en el tercer caso, de modo que el nuevo paradigma precisa que el número de empresas que asuman como prioridad su función social se incremente cada vez más. Es evidente que una empresa tiene que ser rentable, porque si no lo es, su sostenibilidad futura se ve comprometida. Ahora bien, la rentabilidad debe ponerse al servicio de la consecución de la función social y no al contrario.

La Doctrina Social de la Iglesia describe la función social de las empresas como producir bienes y servicios útiles para la sociedad, potenciar a los miembros de la organización pagando salarios dignos y permitiéndoles desarrollarse como personas y, por último, mejorar el entorno¹⁰.

Reorientar el sistema financiero

El sistema financiero actual potencia el crecimiento económico, la suma del bien agregado y para ello el endeudamiento es positivo porque posibilita seguir creciendo. En la medida en que nos endeudamos, podemos comprar más y nos hace falta producir más lo que conlleva crecimiento económico. Para poder devolver y pagar los intereses, necesitamos, además, seguir creciendo, con lo que entramos en una adicción al crecimiento, donde más endeudamiento produce más crecimiento y además este se necesita para poder devolver lo que se debe.

Tenemos una sociedad que no solo busca el crecimiento como máximo objetivo, sino que es adicta a él. Sin él, se viene todo abajo. La mayoría de instituciones y particulares están endeudados y necesitan crecer para que todo funcione. De hecho, en la última crisis vimos como aquellas empresas que no estaban endeudadas son las que mejores sobrevivieron a los tiempos recios que sacudieron la economía mundial.

¹⁰. <https://www.hoac.es/dsi/2019/01/16/la-empresa/>

Esto nos lleva al juego especulativo de las finanzas. Gran parte inversiones no son productivas, no se hacen para iniciar o sostener un negocio y generar empleo, sino para ganar con el cambio de los precios. El movimiento de estas finanzas es tan elevado que con frecuencia la economía se pone al servicio de las finanzas.

Para cambiar esto y construir unas finanzas al servicio del nuevo paradigma, debemos volver a unas finanzas aburridas, que estén al servicio de la realidad, que paguen impuestos (los paraísos fiscales se han aumentado en los últimos 40 años), que sean prudentes y productivas y que quien preste lo haga con precaución y gane lo justo. Se precisa poner coto a las prácticas financieras que están más cercanas al juego que a la actividad financiera de apoyo a la producción. Reconocer su carácter de apuesta y juego a través del incremento de su tributación podría ser una buena medida.

Además, habría que incentivar la reducción de los intermediarios financieros que hay entre quien presta y quien recibe la financiación. También que exista una transparencia que nos permita conocer la trazabilidad de nuestro dinero y a quien acaba financiando este. Que se establezcan criterios para la inversión de modo que los ahorradores puedan elegir a quien prestar su dinero según los criterios de inversión que sigan.

Conclusiones

Si queremos construir una nueva economía que esté al servicio de las personas es necesario cambiar el marco en el que esta se mueve, es preciso construir un nuevo paradigma en el que lo que buscamos y lo que pretendemos sea distinto, de modo que analicemos los resultados económicos desde un prisma totalmente diferente. Debemos así repensar todas las categorías económicas para verlas desde una visión que se ponga al servicio de las personas y del bien común. La propuesta que he resumido en estas líneas (y que se explicita en un libro titulado *Una economía para la esperanza* editado por PPC) busca comenzar un diálogo que pretenda construir ese nuevo paradigma que necesitamos para cambiar nuestro sistema económico y ponerlo al servicio de las personas que ahora habitamos nuestro planeta y las que lo harán en el futuro.

Bibliografía

BECHETTI, L; CERNELLI, M. (2017): «Civil economics: definition and strategies for sustainable well-living», en *International Review of economics*, September 2018, Volume 65, Issue 3, pp 329–357. <https://doi.org/10.1007/s12232-018-0299-6>

- BERGH, JEROEN C.J.M. VAN DEN; KALLIS, GIORGOS (2012): «Growth, A-Growth or Degrowth to Stay within Planetary Boundaries?», en *Journal of Economics Issues*, Vol. XLVI, n.º 4, December 2012, Pág: 909-919.
- BORGMAN, ERIK (2011): «La economía capitalista y el Dios de la caridad. Una consideración teológica» en *Economía y Religión. Concilium, Revista Internacional de teología*, n.º 343, Noviembre 2011, pág. 697-687, Editorial Verbo Divino.
- BRUNI, LUIGINO; ZAMAGNI, STEFANO (2016): *Civil Economy*, first Edition, Agenda Publishing Ltd.
- COX, HARVEY (2016): *The market as God*, 1st Edition, Cambridge, Harvard University Press.
- DALY, HERMAN E; COBB, JOHN. JR. (1989): *For the Common Good, Redirecting the Economy Toward Community, the Environment, and a Sustainable Future*, 1st Edition, Boston, Beacon Press.
- FELBER, CHRISTIAN (2012): *La economía del bien común*, 1.^a Edición, Barcelona, Ediciones Deusto.
- (2013): *Salvemos el euro*, 1.^a Edición, Madrid, Ediciones Anaya.
- FONDO MONETARIO INTERNACIONAL (2019): *Tributación internacional de empresas*, <https://www.imf.org/~/media/Files/Publications/PP/2019/Spanish/PPSA2019007.ashx> (15 Junio 2019).
- GENOVESI, ANTONIO (1804): *Lecciones de Economía Civil*, 1.^a Edición, Madrid, Imprenta de José Collado.
- HAN, BYUNG-CHUL (2018): *La sociedad del cansancio*, 2.^a Edición, Barcelona, Herder Editorial S.L.
- JACKSON, T. (2009): *Prosperity without growth? The transition to a sustainable economy*, Sustainable Development Commission.
- KRUGMAN, P; WELLS, R. (2006): *Introducción a la Economía. Microeconomía*, 1.^a Edición, Editorial Reverté, Barcelona.
- LLUCH FRECHINA, ENRIQUE (2010): *Por una economía altruista*, Madrid, Ediciones PPC.
- (2012): *Más allá del decrecimiento*, Madrid, Ediciones PPC.

- (2013): «¿Crecimiento o decrecimiento? A propósito de los últimos 50 años», en *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, Noviembre de 2013, n.º 42, pág. 220-237, Madrid, Fundación Pablo VI UPSAM.
- (2017): «Una economía basada en el crecimiento ¿Funciona?», en *Corintios XIII Revista de teología y pastoral de la caridad*, Julio-Septiembre 2017, n.º 163, pág. 23-39,, Cáritas Española Editores, Madrid.
- MAX-NEEF, MANFRED (1995): «Economic growth and quality of life: a threshold hypothesis», *Ecological Economics*, Vol 15, November 1995, pág. 115-118.
- RAWORTH, KATE (2017): *Doughnut Economics, Seven Ways to Think Like a 21st Century Economist*, 1st Edition, London, Random House Business Books.
- SANDER MICHAEL, J. (2013): *Lo que el dinero no puede comprar*, 1.ª Edición, Barcelona, Editorial Debate.
- SEN, AMARTYA (1987): *El nivel de vida*, 1.ª Edición, Madrid, Editorial Complutense.
- (1989): *Sobre ética y economía*, 1.ª Edición, Madrid, Alianza Editorial.
- SMITH, A. DAM (1776): *An inquiry into the nature and cause of The Wealth of Nations*, 1976 Edition, Chicago, The University of Chicago Press.
- STIGLITZ, J; SEN, A; FITOUSSI, J (2009): *Report by de Commission on the Measurement of Economic Performance and social Progress*, <https://ec.europa.eu/eurostat/documents/118025/118123/Fitoussi+Commission+report>
- WATSON, MATTHEW (2018): *The Market*, 1st Edition, Bath Lane, Agenda Publishing.
- ZAMAGNI, STEFANO (2012): *Por una economía del bien común*, 1.ª Edición, Madrid, Ciudad Nueva.